

Alteraciones en el medio natural ceutí

Antonio Aróstegui

Estos hechos figuran en *"El libro de las vivencias, de las obras no escritas y del llanto (a modo de memorias)"*, de próxima publicación por el Archivo Central de la Ciudad Autónoma. Los envío a *"El Faro"* por si pudieran interesar a los participantes en las V Jornadas sobre el Medio Natural de Ceuta.

Más de cuarenta años llevo en "El Monte", Carretera del Embalse frente a la residencia Nazaret. Más de cuarenta años sufriendo el martirio de tres



plagas: moscas, hormigas y mosquitos. Reconozco que estos insectos iban instintivamente a lo suyo, pero en ese su objetivo entrábamos nosotros. Nos importunaban, nos acosaban, nos agredían. Y en uso del derecho a la legítima defensa, nosotros los perseguíamos a muerte. Os juro que, de haberlos dejado hacer, nos habrían liquidado. También la gota de agua puede horadar la piedra, y el mordisco de estos bichos horada mucho más. Te saca la sangre y hasta te hace un verdugón. No os extrañe, pues, que les hubiese declarado una guerra a muerte con todos los medios a mi alcance, físicos, químicos, tóxicos. Causaban innumerables bajas al enemigo pero, al instante, llegaban suficientes refuerzos para cubrirlos y todo seguía igual. Porque no volaban como las moscas y mosquitos, eso era más perceptible en las hormigas, perfectamente localizables y localizadas. Hormigas pequeñas, rubias, frágiles, laboriosas. Limpiaban los campos de podredumbre animal; y, si te descuidabas, limpiaban la cocina de cuanto encontraban a su alcance. Descubre una de ellas la pitaña, y allí acuden todas como avisadas por no se qué medio de comunicación, ¿acaso una especie de teléfono móvil incorporado a su organismo? Cadenas ambulantes de hormigas como en procesión andaban, por arriba y por abajo, por la tierra y por el pavimento, trepando paredes y árboles, invadiéndolo todo.

Mi nieto me acompañaba en estas incur-

siones de exterminio. Lograbas romper la cadena con un líquido dulzón letal, que les encantaba. Todas a engullir, todas patas arriba, muchas, bien muertas. Al poco, rehecha la cadena como si nada hubiera sucedido.

Comentaba el nieto, de dos o tres años: - Abuelo, que no hay modo de acabar con ellas.

Pues eso, que no había modo. Así año tras año-, durante más de cuarenta, hasta este verano del 2005 en que desaparecieron casi por ensalmo. Siguen revoloteando entre las plantas las raras mariposas de siempre, como las contadas abejas de siempre siguen libando la flor azul del romero; pero muy escasas moscas, menos mosquitos y ninguna hormiga. ¡Ni una! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde están aquellas plagas inextinguibles? ¿De qué huyeron en masa? ¿Qué peligro han presentido?

Esos interrogantes acusan la extrañeza que el hecho me produjo y me produce. Extrañeza un tanto inquietante que me trajo el viejo recuerdo de esta otra quizá menos extraña, pero más sobrecogedora, producida por cierto paisaje submarino. Fue en los años sesenta cuando, fascinado por el mar, sentí el deseo incontenible de conocerlo por dentro. Me puse a la tarea y la cosa resultó más fascinante aún. ¡Era todo tan distinto! Roqueadas y llanuras, animales y plantas que ni en ensoñación podías encontrar en tierra. Inconcebible en tierra aquel bosque de algas alzándose desde el

fondo hasta la superficie, dóciles a los vaivenes del mar, que es lo propio de la flora marina. Como ya advirtiera Dante, "ninguna clase de plantas que eche hojas o que se endurezca puede existir ahí, porque le sería imposible doblegarse a los embates del mar" (La divina comedia, canto I de "El Purgatorio").

Fascinante paisaje submarino con similares características desde Benítez a Calamocarro, mi campo de operaciones. Similar expansión de vida acuá-

tica y una sola excepción. Aquello no era un desierto sino peor aún. Rocas y arenas como calcinadas por el fuego. Todo grisáceo con el gris sucio de la chamusquina. Ni asomo de vegetación. Ni rastro de vida animal. Algunos erizos dispersos acentuaban con su negror lo tétrico del paisaje. Aquello parecía el Valle de la Muerte.

¿Arena quemada en un lugar inasequible al

DESDE 2005

Desaparecieron casi por ensalmo. Siguen revoloteando ente las plantas las mariposas, contadas abejas pero muy escasas moscas, menos mosquitos y ninguna hormiga

fuego? Pensándolo mucho, recordé que también los ácidos queman. Se me encendió la luz, resolví el enigma: ¡la fábrica de guano!

Debieron ser sus vertidos los que sembraron tanta muerte y tanta desolación. Muerte perdurable, ¡años perdurando! Cuando yo advertí el estropicio, hacía mucho tiempo que habían cerrado la fábrica.

Por eso digo que este hecho resulta menos extraño, porque conozco su origen; del otro, del de la fuga de insectos, ni remotamente. Sólo su inquietante pero también beneficioso efecto: hace más de dos años que no compro insecticidas.